
Santillán, M. E. (diciembre, 2021). "Fronteras poético-epistémicas en *Elisa, la rosa inesperada*, de Liliana Bodoc". En *Catalejos. Revista sobre lectura, formación de lectores y literatura para niños*, 13 (7), pp. 121 - 134.

Título: Fronteras poético-epistémicas en *Elisa, la rosa inesperada*, de Liliana Bodoc

Resumen: El siguiente trabajo aborda la novela *Elisa, la rosa inesperada*, de Liliana Bodoc (2018), como una producción que puede ser circunscripta en y pensada desde el concepto de *literatura fronteriza* (Bocco, 2015) al elaborar, poéticamente (Bodoc, 2017), una impugnación al paradigma occidental y al esquema de colonialidad del poder y del saber (Quijano, 2000; Walsh, 2016; Cebrelli, 2018; Bocco, 2015). La obra habilita, así, el surgimiento de un *pensamiento otro* (Mignolo, 2003), desde el despliegue de narraciones destructoras de nociones instaladas, acción posible por la opción ético-estética de situarse en posiciones descentradas, periféricas, heterodoxas, en una perspectiva que recoge las fracturas de la modernidad/ colonialidad bajo una mirada historizadora que permite la emergencia de lo oculto y una revisión crítica de nuestros imaginarios nacionales (Bocco, 2015) y sus espesores temporales (Cebrelli, 2018).

En estos sentidos, la obra, perteneciente al género de la literatura juvenil, presenta una escritura polisémica desafiante que interpela la lectura como instancia activa en la construcción de la semiosis social, desnaturalizando, de ésta, el funcionamiento de las fronteras en tanto índice de alteridad y articulación de las diferencias (Lotman, 1996; Lotman y Uspenski, 1979). Las posibilidades de (re)construcción subjetiva que brinda la compleja puesta narrativa de la novela, finalmente, delimitan su campo dentro del vasto terreno de lo que consideramos, hoy, una verdadera literatura sin adjetivos (Andruetto, 2010).

Palabras clave: Literatura juvenil, literatura fronteriza, fronteras, epistemología fronteriza.

Title: *Poetic-Epistemic Frontiers in "Elisa, la rosa inesperada", by Liliana Bodoc*

Abstract: *The following work approaches the novel "Elisa, la rosa inesperada", by Liliana Bodoc (2018), as a production that may be circumscribed and thought from the frontier literature concept (Bocco, 2015) given that it elaborates, poetically (Bodoc, 2017), an impugment to both the Western paradigm and the knowledge and power coloniality scheme (Quijano, 2000; Walsh, 2016; Cebrelli, 2018; Bocco, 2015). The work thus enables the emergence of an "Other-Thought" (Mignolo, 2003), by deploying narratives which deconstruct installed notions. This action is enabled by the ethical-aesthetical choice of locating oneself in decentred, peripheral, and heterodox positions, in a perspective which gathers the fractures of the Modernity/coloniality under a historicizing view, allowing for the emergence of the occult and for a critical review of our national imaginaries (Bocco, 2015) and their temporal thicknesses (Cebrelli, 2018).*

In these senses, the work, pertaining to the youth literature genre, presents a polysemic challenging writing, which interpellates reading as an active instance in the construction of the social semiosis, denaturalizing, from this semiosis, the functioning of the frontiers as an alterity and differences-articulation index (Lotman, 1996; Lotman and Uspenski, 1979). The possibilities of subjective (re)construction provided by the complex narrative set of the novel, finally, delimitate its field under the vast territory which we regarded, today, as a true without adjectives literature (Andruetto, 2010).

Keywords: *Youth literature, frontier literature, frontiers, frontier epistemology.*

Fronteras poético-epistémicas en *Elisa, la rosa inesperada*, de Liliana Bodoc¹

María Elisa Santillán²

Las palabras y los símbolos, sustento de la literatura, no son invento de ningún erudito, sabihondo, elegido, canónico... Es la cultura toda y plena la que bombea ese caudal. [...] no usemos el agua para regar la maceta afortunada, privilegiada y sola sino para regar la tierra lisa y llana que nos da de comer manzanas y palabras.

Liliana Bodoc (2017, p.42)

Para la mujer, la vida era un pájaro en la ventana que, en cualquier instante, se largaría a volar.

Liliana Bodoc (2018, p.21)

De esa última forma poética, se inscribe en nuestra lectura, casi en sus inicios, una escritura que desafía como pura posibilidad –aún palpando el dolor constitutivo de los seres y las cosas– cualquier determinismo o esencialización de las trayectorias sociales y, por tanto, cualquier representación estanca de la vida cultural en la que se sumergen, reverberan y se hacen las identidades es sus aspectos más vinculares a la vez que íntimos. *Elisa, la rosa inesperada*, de Liliana Bodoc (2018), constituye una narrativa juvenil desafiante y desestabilizadora de la que no salimos indemnes, porque perfora en la memoria de nuestra configuración nacional anidando en sus capas más ocultas, adonde encuentra materia para resituar la problemática del

¹ Este texto fue realizado y presentado en el marco del cursado de la Maestría en Estudios Literarios de Frontera de la Universidad Nacional de Jujuy, en enero de 2021, como trabajo final del módulo Literatura y Frontera(s), dictado por las Dras. Alejandra Cebrelli (Universidad Nacional de Salta) y Andrea Bocco (Universidad Nacional de Córdoba).

² Prof. y Lic. en Letras Modernas por la Universidad Nacional de Córdoba y maestranda en la Maestría de Estudios Literarios de Frontera de la UNJu. Fue Prof. Adscripta de la Cátedra "Enseñanza de la Literatura" del Profesorado en Letras Modernas de la FFyH-UNC y forma parte del equipo de investigación "La Literatura Infantil y Juvenil (LIJ) y la alfabetización Inicial como saberes en la Formación Docente" (CIFYH-SECyT-UNC) que dirige la Dra. Florencia Ortiz. Córdoba Capital, Argentina. Correo electrónico: santillan.maria.elisa@gmail.com

otro/a –cuestión eminentemente fronteriza³– en un lugar (enunciador, epistémico) incómodo, pero necesario: es trastabillando los cimientos de la Historia, las certezas construidas o cristalizadas sobre lo propio y lo circundante y vulnerando miradas despreocupadas o poco empáticas sobre lo alterno que podemos hallar principios de vuelo. En otras palabras, hay belleza y esperanza en la figuración de horizontes *otros*, análogamente al pájaro que cautiva por el desplazamiento que no vemos, pero que sí sabemos más allá de lo perceptible, en el cielo.

Así, la obra presenta múltiples nudos de significación en el trabajo de ambigüedades, paralelismos, tensiones y opuestos derivados de los desarrollos de sus personajes, que sin embargo remiten –en operaciones de lectura nutridas, no desconocedoras de esa polisemia textual– al trazado de una constante de sentido vinculada al encuentro con el otro/a como ocasión que instala en el *yo* la pregunta irresuelta por la propia identidad (y por lo ajeno). De manera crítica en esta propuesta narrativa, la inquietud por la definición de los propios contornos –fruto de situaciones dialógicas– no se traduce en una perspectiva enclaustrada desmedidamente en la esfera de lo íntimo, sino que los perfiles y la subjetividad más singular se delinean conforme toma cuerpo el *espesor temporal*⁴ de un sistema mayor en el que se inscriben las identidades, permeándolas, y que la novela pone en evidencia y busca desnaturalizar, al igual que lo hace con los posibles efectos de lo propio sobre esa realidad sistémica. Así lo vemos en el camino vital de autoconocimiento emprendido por Elisa (con desplazamientos geográficos por

³ En tanto se produce un diálogo que pone en relación (no armónica) diferencias de constitución subjetiva, movilizando complejas operaciones de conocimiento y reconocimiento, funcionando el límite o la frontera como índice de alteridad, interpelación que lleva a reconfiguraciones identitarias y vacilaciones de sentido (Bocco y Cebrelli, 2018; Cebrelli, 2012). Desde la semiótica cultural, hablamos de experiencias propias de la dinámica de la/s semiosfera/s, en donde las situaciones dialógicas implican, frente al encuentro con la diferencia, la puesta en funcionamiento de complejos mecanismos de traducción que evidencian las irregularidades semióticas. La frontera no se homologa a una categoría espacial o física (límite político concreto, por ejemplo), ni constituye una concepción artificial, sino que se trata de una posición estructural y funcional en lo social, perceptible en términos de sentido y efecto, de prácticas y relaciones concretas (Lotman, 1996).

⁴ La noción de espesor temporal relaciona las prácticas a las representaciones sociales, cuyo funcionamiento ocurre en un presente regulado por validaciones de sentido que, sin embargo, remiten a una profundidad/ historicidad compleja en su formación; considera la acción prolongada/ solapada de diversos agentes para comprender los sistemas de legitimaciones que rigen lo social en un momento determinado (Cebrelli, 2018).

zonas disímiles del territorio argentino y fuertes experiencias de frontera⁵) y así lo enunciamos como conclusión analítica soportada en los elementos metaliterarios: el prólogo de la autora y reflexiones sobre la escritura, entre autobiográfica y ficcional, que realiza Elisa para su reconstitución.

En ese cruce de lo público con lo privado, en esa conceptualización – elaborada poéticamente– de las micro y las macro historias como dimensiones de retrocomprensión, aparece, no como telón de fondo, sino como matriz de significación, el territorio argentino en una perspectiva sincrónica y diacrónica, desnudando una historicidad que merece revisión: un proceso de conformación de lo nacional que ha establecido jerarquías en el ordenamiento de los seres y las cosas, en los conceptos y formas gnoseológicas, enraizando en una herida más profunda que retrotrae a la herencia colonial y al sistema-mundo de la modernidad con su crítica experiencia de frontera entre Europa y América (Walsh, 2016). El argumento nos sumerge en un clima espeso que señala las largas sedimentaciones de un paradigma de violencia simbólica y estructural protagónico en la consolidación de nuestro Estado-nación (Grimson, 2000), deudor de un régimen impuesto por la conquista y tendiente a homogeneizar en las representaciones, según ideales foráneos y eurocentrados⁶, nuestras heterotopías características (Chatterjee, 2008).

La novela supone una impugnación al paradigma occidental y al esquema de colonialidad del poder/ saber (Quijano, 2000; Walsh, 2016; Cebrelli, 2018; Bocco, 2015)⁷ situando al hacer literario como modalidad de *pensamiento otro o fronterizo* (Mignolo, 2003) en el despliegue de narraciones destructoras de nociones instaladas, acción posible por la opción ético-estética de situarse en posiciones

⁵ Remarcamos: la frontera no como categoría exclusivamente espacial, sino como una zona más vasta y huidiza a una demarcación discreta, *dimensión social* que da cuenta de múltiples y complejos mecanismos de articulación de las diferencias; operaciones inscriptas siempre como procesos de temporalidades y espacialidades históricas concretas (con memoria operante en el presente) y heterogéneas.

⁶ Con trágicos correlatos prácticos: colonización, exclusión, silenciamiento, negación, aniquilamiento del otro/a diferente.

⁷ Cuando hablamos de paradigma occidental, modernidad, colonialidad del poder/ saber (Quijano, 2000), aludimos a un sistema opresor que engloba, en su violencia ejercida, el predominio de la razón, el género, la raza, lo europeo, la civilización, la cultura escrita (en detrimento de la práctica de la oralidad), la ciencia, entre otras categorías (lo mercantil, lo individual, etc.) que se opusieron al pensar y al sentir americano (anclado a un sistema cosmogónico más simbólico, espiritual, integral –en armonía, no en dominio/ lucha con la naturaleza) (Walsh, 2016).

descentradas, periféricas, heterodoxas, en una *perspectiva* que recoge las fracturas de la modernidad/ colonialidad bajo una mirada historizadora que permite la emergencia de lo oculto (Bocco, 2015).

Al igual que otras producciones contemporáneas (Bocco, 2015), esta novela elabora lo fronterizo⁸ sutilmente, sin ubicar la trama en tiempos pretéritos (el siglo XIX, la colonia o lo precolombino) habilitantes más directamente de lecturas desnaturalizadoras del espesor temporal. Es decir, no está en la superficie la gran historia del país, sino que hay una refinada diseminación de sentidos cifrados en los derroteros de Elisa, personaje adolescente forzada a abandonar la villa santafecina donde vive con su abuela Rufina. Es el registro del viaje a San Salvador de Jujuy y a Tilcara, y su posterior vuelta a casa –que le implica una crisis y una reconstrucción identitaria–, lo que permite ejercer esa memoria (otra) de los territorios y trasladar las preguntas de Elisa a propias constituciones: ¿adónde filiar la existencia para alojar el desgarró, marca que nos define y atraviesa? ¿Cuál es la hoja de ruta para seguir escribiéndonos, para ser y sembrar lo nuevo?

Un viaje de ida. Conocer(se)

Posiciones al margen

Un elemento clave para situar la obra en una producción fronteriza es el viaje de Elisa (su significado). Para buscar una mejor oportunidad (sin encontrar en la escuela un proyecto de sentido y futuro) y contravenir el deseo de su madre ausente (con la que posee hondos conflictos), Elisa acepta la invitación de su tía de ir a vivir con ella en San Salvador, sumándosele Tilcara, luego, a su experiencia. En cómo se habitan y suceden esos espacios, la narrativa representa una ventana a las dinámicas y tensiones –ni simples, ni lineales– entre regiones diferentes del suelo nacional, desnudándose las asimetrías estructurales entre Jujuy y Santa Fe, pero, también, las desigualdades igual de profundas al interior de cada ciudad y escenario provincial. El registro de periferias y centros de naturaleza diferenciada, pero en relación,

⁸ En todo el espectro interdependiente referenciado: pensamiento decolonial/ posición ética-estética; funcionamiento y articulación de las diferencias (índice de alteridad) dentro de la semiosis social y reconstrucción subjetiva; zona (también geográfica y política discreta) de intersección de dinámicas históricas y culturales que problematizan categorías como la de nación.

conducen a considerar la no homogeneidad social y cultural de las geografías y a complejizar lo que significa, por ejemplo, ser santafecino, jujeño o argentino. Es decir, a una problematización de las adscripciones identitarias, perfilando la mirada críticamente hacia las demarcaciones discretas: a qué responden (o respondieron) los límites políticos y cuáles son las implicancias de sentido, culturales y de pertenencia que se sucedieron desde su institución (Grimson, 2000).

Ello suma al análisis las relaciones de poder constitutivas de nuestra nación, traducibles (entre otras cosas) en sutiles violencias simbólicas estructurantes de los sentidos de la nacionalidad/ identidad (Grimson, 2000): el proyecto homogeneizador de la nación se puede palpar en abundantes situaciones y expresiones de los personajes que remiten –no conscientemente– a su larga sedimentación y permanente actualización. Así, la propia Elisa, personaje marginal, emprende el viaje renegando de su condición villera: el barrio le significa una negrada con la que, en principio, no se puede ni quiere identificar. Por eso matiza cuando le preguntan dónde vive, por eso le dicen despectivamente “la rubita” y por eso clasifica el lenguaje en blanco o negro y se maravilla con la pulcritud de algunas palabras que escucha fuera del ámbito de su periferia –“*Merendar*. Palabra blanca, palabra de libro.” (Bodoc, 2018, p.41)–; jerarquización que hace cuerpo obsesivamente: “...estás invitada a merendar en mi casa. [...] ¿Te gusta? / Cómo no iba a gustarle, si Elisa se había arrancado la piel original y se jabonaba, hasta sangrar, la roña cumbiera.” (Bodoc, 2018, p.41). ¿Qué mayor violencia que aquella que no reconoce/ nombra lo propio? ¿Qué peor presagio la de esa representación? Porque el viaje de Elisa la devuelve a la villa reducida aún más, presa de mayores traumas y sometimientos.

Esta maraña articulada de relaciones propicia y adscribe a una perspectiva semiótica de las pertenencias y las experiencias (de alteridad), capaz de desovillar alguna clave comprensiva sobre los sentidos que rigen este juego (delicado) de opresiones en donde “el pobre se vuelve contra el pobre” o en donde los modelos enunciados y sostenidos para mirar/ actuar sobre lo real y definirse no espejan la materia concreta de la historia, sus procesos y condiciones reales, pero sí la conforman en una violencia prolongada que no hace a esquemas de justicia. De otro modo, el mapa argumental abona la consideración de la irregularidad semiótica

inherente a toda semiosfera⁹ –no homogeneidad estructural–, subrayando las distintas estructuras jerárquicas que la componen, organizadas en núcleos y periferias de diferentes niveles y en inter-relaciones tensas, en donde actúan complejos mecanismos de autodescripción¹⁰ (Lotman, 1996). Lo social, con esa profundidad, “encarna” en los sujetos¹¹ y el encuentro con la diferencia activa la frontera: desde lugares de semiotización específicos (no siempre conscientes o coincidentes), cada cual intercambia y traduce significados atravesado/a por lógicas de poder y conflicto que producen interferencias y fugas. Frente a tanta desigualdad (heredada, estructural, fundante), no deja de resonar en la obra cómo visibilizar y *darle lugar* –plenamente– a una alteridad.

Fronteras y alteridades: negaciones, fugas

Las oposiciones entre personajes que construye la novela manifiestan ese mecanismo de frontera (incluyendo la hegemonía del proyecto occidental y civilizatorio). Está, como dijimos, Elisa que no enclava en su realidad barrial a la que juzga habitada por un subgénero de lo humano (y negativo de la foto: la mirada despectiva de la villa hacia “la rubita”) y está el vínculo entre Elisa y Beatriz, la voluntaria de la residencia pública para niñas en estado de indefensión a donde va a parar Elisa planchando, en lugar de estudiar. Si, para Elisa, Beatriz es vista al inicio como una posibilidad de acceso a una cultura deseada, pero inaccesible en su cotidiano (maravilla revelada)¹², para la voluntaria, la joven es un diamante a pulir, como raras excepciones que ella tiene la capacidad de encontrar y tutelar, cultivar, de entre esa multitud de niñas ya perdidas. No obstante, la distancia entre ambos

⁹ Concepto que implica que toda práctica de sentido (cultural) existe en el marco de un *continuum*/estructura (concéntrica, irregular) que la explica, hace posible y le “da vida” en relación (no existiendo sentido fuera de ese universo vital que constituye) (Lotman, 1996; Lotman y Uspenski, 1979).

¹⁰ Capacidad de un elemento central de la semiosfera de generar un metalenguaje descriptivo de ésta que incluye la periferia, absorbiéndola y dominándola, al trasladar sus intereses en representaciones ideales sostenidas sobre la irregularidad del mapa semiótico (Lotman, 1996).

¹¹ La práctica cultural es *memoria no hereditaria de una comunidad* y remite tanto a una experiencia pasada, como a un punto de relación de un sistema mayor que funciona como un organismo: “La diversidad interna de la semiosfera presupone la integralidad de ésta” (Lotman, 1996, p.31).

¹² “Los ratos que compartía con la voluntaria eran como una salita coqueta en medio del chaperío de zinc. Y ella quería evitar que entraran personas con bosta en las suelas.” (Bodoc, 2018, p.34)

mundos acaba siendo abismal¹³ y el diálogo y el interés de la una hacia la otra se agota (no sin dolor) y se enfría el afecto que se tenían¹⁴.

Ya en San Salvador, entre Elisa y la tía (y su pareja, Quique) hay fronteras igual de infranqueables: Elisa es echada por problemas de convivencia originados, nuevamente, en la dificultad de encajar el universo de la villa en un hogar clase media venida a menos, pero con aire de superioridad. Ello, abuso mediante por parte de Quique¹⁵.

Siguiendo un aliento ajeno, como quien no termina de encontrarse, Elisa no vuelve aún a Santa Fe y viaja a Tilcara a probar otra suerte. Allí, el encuentro con Martín suma uno más al registro permanente: hay relaciones que obturan la emergencia/ afirmación de identidades marginales; fronteras entre posiciones muy otras que no conllevan experiencias positivas para alteridades ya heridas por el curso de la historia, señalando el límite la imposibilidad, incapacidad o indiferencia por ese otro/a que no llega a constituirse en una instancia de reconocimiento. Martín es, para Elisa, una ilusión amorosa rota, porque si bien manifiesta cuidados jamás recibidos y colabora en su salvación, no deja de mirarla “por arriba”, característico de su posición intelectual e impostada, que sólo se acerca folclórica o turísticamente a lo diferente creyendo dar con las claves de lo profundo desde una visión elevada y autocomplaciente. Y es que, aunque la experiencia tilcareña constituya un deber ser espiritual para el joven de Buenos Aires que busca arrojarse, con deseos genuinos, al interior para resignificar su existencia, no se alcanza a trascender esa frontera interna que hace que Elisa (como cualquier posición extrema en su interpelación) sea una carga de la que desprenderse (más allá de su belleza exótica, lo que disparó el contacto en este joven acomodado pero progresista, que no quisiera encajar en la norma, pero termina haciéndolo): “Tenía tanto para explicarle a esa bella criatura marginal, a esa agraviada. Estuvo a punto

¹³ Aunque ambas compartan la valoración despectiva hacia la pobreza y sus mundos, Elisa es pobre (y eso parece pagarse caro).

¹⁴ Uno de los tantos ejemplos: “*Me estoy esforzando [Beatriz] para no enojarme, para no decirle claramente que la cabra tira al monte, que tuvo una oportunidad de salir de la villa y a la villa volvió... Trabajando gratis cuando podría estar de viaje con mis primas, sacrificándome por estas pobrecitas, tengo que aguantar que venga [Elisa] con aires de señora.*” (Bodoc, 2018, p.198)

¹⁵ Quien la objetualiza, como luego harán otros de manera más trágica en inmediatas experiencias que forman parte de su errancia en la vida.

de acercarse y besarla, pero tenía hambre así que lo dejó para después.” (Bodoc, 2018, p.110). Del mismo modo, fruto del conflicto subjetivo y fronterizo, emerge la evaluación que rotula lo alterno y externo (en demasía) como desvío frente a un supuesto estado de normalidad (la locura en oposición a la sanidad): “Martín vio con alivio cómo el colectivo se alejaba, cerrando la anécdota de una piba medio loca que se había cruzado en su viaje” (Bodoc, 2018, p.176).

Y Elisa, una vez más, vive la fractura y el saberse desecho. Le queda reducirse a nada, presa de una red de trata, de sujetos que intentan comercializar con su cuerpo y que abusan de ella en una actitud que tiene larga tradición: los mercaderes son los hijos y amigos de los poderosos de la tierra y no es nueva la práctica de adueñarse y sacar tajada de las cosas, los seres y los cerros (*isomorfismo*), instituyendo un sistema de prescripciones (Lotman, 1996) que redundante en una paralegalidad (Walsh, 2016) y en el ejercicio de una autoridad violenta en la frontera norte del territorio nacional.¹⁶

Camino de vuelta. Saberes y memorias otras

Lo oculto. Recuperación

Elisa vuelve al rancho después de escapar del depósito en que es cautiva. Le falta para la difícil tarea de resignificar el dolor en una experiencia más consciente y afirmativa, abonando a su identidad, pero ya entonces hay elementos recogidos que serán materia de su posterior contenido vital; éstos, junto con otros perceptibles desde la narración, forman parte de nuestra lectura de un pensar fronterizo: se trata del rescate y validación de prácticas, saberes, sujetos vinculados al contenido negado por la conquista y el Estado-nación, memoria no acallada de un paradigma diferencial puesto sobre relieve como revés significativo de la trama.

Por ejemplo, la obra pondera lo no racional y simbólico como algo vivo, activo en el presente. Así, a Elisa se le aparece en el Pucará, justo antes de que la secuestren, el espectro de una niña india que dialoga con ella desde una voz plural que contiene

¹⁶ Estos personajes arriban a Tilcara desde la ciudad; no se especifica cuál, pero vuelve la tensión aludida entre centro/ periferia, interior/ metrópoli de nuestra conformación nacional y se produce la inversión y relocalización de valores: ¿a dónde está *la barbarie*?

un dolor centenar, que resuena en Elisa cuando la interpela llamándola con nombres sufridos de su historia personal y que produce una comunión secreta:

...un rostro de niña sobresalía de la pared, como un relieve de piedra vivo y despierto. *Hola, me llamo Elisa. ¿Vos te llamás Candela? No, mejor te llamás Irene.* [...] Quizás los primeros habitantes mirando, en silencio, la tragedia del blanco. (Bodoc, 2018, p.138).

En adelante, Elisa se verá acompañada y ayudada por esas presencias que son testigo de su historia de dolor, como son ellas mismas testigo de una tragedia mayor:

...se despertó el alma de la antigua proveeduría tilcareña, dormida hacía más de medio siglo. / Clavada en lo blando de la axila izquierda, lista para avanzar por el torrente de la fábula, la aguja era un punto gris inalcanzable. [...] ¡Faena de los chamanes omaguacas! / ¡Ceremonia de fascinación! / Y la niña del Pucará que arrojó una lanza desde la leyenda. (Bodoc, 2018, pp.161-162).

Y ya no importa si Elisa clavó la aguja o fueron las apariciones, como sí la simbiosis entre memoria personal e histórica, desde la herida colonial, que tiene lugar simbólicamente en ese momento, fortaleciendo la identidad marginal.

También, encontramos la valoración de la experiencia, desde el viaje al norte, como escenario de cruce entre sujetos y demonios que mueven los hilos de la trama con los que aquellos tejen sus historias. No sabemos quiénes son o a qué responden los demonios, ni tampoco parecen determinar fatalmente el curso de las cosas – incluso emergen del dolor provocado por acciones de raíz exclusivamente humana–, pero existen y significan, de la misma manera que tiene entidad la niña del Pucará como toda una modalidad de sentir y pensar.

Finalmente, trasciende la elección narrativa: por momentos cuenta Abel Moreno, anciano tilcareño que espera que la muerte lo agarre sentado en la vereda, viendo la vida pasar. Es él quien salva a Elisa de la trata engañando a un secuestrador con un traje de diablo de carnaval, y es quien nos recuerda que los ejes vitales están en el lado profundo y oculto de las cosas; concretamente, late en esa región norte incomprendida y no expuesta fácilmente a ojos de cualquiera:

Lo que pasa es que aquí, en Tilcara, hay mundo sobre mundo./ Arriba el mundo que las personas conocen y se llevan en fotos. Parece de verdad, tan bien hechito. Parecemos. [...] Y está el mundo de abajo, o de adentro [...] He visto llegar personas

de ciencia queriendo encontrar el camino para ir de un mundo a otro. Las vi irse sin nada más que mantas y tortillas. (Bodoc, 2018, p.58).

Poéticamente, Abel Moreno trenza a la historia de Elisa relatada la preminencia de la naturaleza, la música, el saber no académico/ letrado, el carnaval, lo ritual, lo mítico-simbólico, lo empático y lo colectivo, ubicándose en una posición de transmisión de conocimiento valorable. Abel Moreno, traductor (*buffer*) de un universo oculto (Lotman, 1996), explica el epígrafe de la obra: “Mirar al otro lado del que todos señalan,/ que es allí donde crece la rosa inesperada”.

Tomar la palabra

Dos elementos metaliterarios fortalecen la lectura fronteriza: la escritura de Elisa y el prólogo/ opción de la autora.

La tragedia de Elisa afecta su lenguaje (“el conjunto de formaciones semióticas precede al lenguaje”, Lotman, 1996, p.35). Elisa, cuando no silenciosa, habla o como los diablos (de atrás para adelante) o inconexamente, introduciendo en la conversación fragmentos que remiten a su trauma. Sólo sale de esa perturbación cuando puede escribir sus memorias, alentada por sus nuevos amigos/as de la librería La Puebla. Ellos/as identifican algo trabado en Elisa y deconstruyen parte de su representación del lenguaje –en donde el arte/ la escritura está reservado para otros/as–, logrando que Elisa plasme en papel –entre modo ficcional y autobiográfico– su vida, empoderándola. Este acto la reconecta con sus raíces al incorporar la cumbia en su producción: su madre, que ahora volvió marcada por otra experiencia errática y angustiante, la había dejado con Rufina para irse a Paraguay a cantar cumbia con su compañero Chejuán (papá de Elisa). La presencia de ese género musical en la escritura de Elisa es el reconocimiento de la madre y una traducción de su vida (y de otros/as) diferencial y más empática, desde la identificación y afirmación (no exenta de conflictos y dolor) de posiciones marginales.

En paralelismo: la obra toda es producto de un proceso de conocimiento y (re)constitución subjetiva, de una experiencia de frontera que mueve a centrar lo periférico: en su prólogo, la autora dice que la historia emergió de un viaje a Jujuy, instancia que alteró los planes narrativos previos al atravesar y revolucionar la

mirada. El narrador Abel Moreno es fruto de ese descentramiento y encontramos una apuesta consciente por modular una voz que *crece desde abajo* (Walsh, 2016): “Abel Moreno [...] narrará lo que yo no vi. Será, en esta historia, la mitad misteriosa./ Abel Moreno existe. [...] Sabe de antes y de luego./ Sabe de aquí y de allá.” (Bodoc, 2018, p.12). ¿O, entonces, por qué el gran drama nacional –que se reconstruye e invierte en sus valores instituidos– es contado exclusivamente desde pequeñas historias personales y regiones periféricas, sin que intervengan personajes o escenarios más públicos o “centrales”, fácilmente vinculables al desarrollo de la historia del país como macro-historia (incluyendo ese juego narrativo y metaliterario que incorpora un narrador-guía como cronista del viaje de Bodoc a la frontera)?

Damos con una literatura que busca hacer emerger lo invisibilizado, señalando la importancia de no anular las diferencias hablando *desde arriba* por (y para) un otro/a que no toma así la palabra, al tiempo que señala la inter-relación existente de todas las posiciones sociales, para favorecer más prácticas (escriturarias y de lectura, de vida) justas. Para impulsar una *acción otra* y posible. La gran polisemia de la obra, motivante de lecturas activas, se condice con ese acto de pensar/ sembrar lo nuevo sin certezas preanunciadas –sellando su inserción en el ámbito de una literatura sin adjetivos (Andruetto, 2010)–, para correrse, de una vez, del paradigma de la verdad/ historia oficial, ubicándose liminalmente en un *entre-lugar* (Revollo Pardo, 2018). No es poco, hoy, preguntarse por lo propio y lo ajeno, perturbando(nos) poéticamente.

Referencias bibliográficas

- Andruetto, M. T. (2010). *Hacia una literatura sin adjetivos*. Córdoba: Comunicarte.
- Bocco, A. y Cebrelli, A. (diciembre, 2018). Presentación. Otro mundo es posible. Fronteras como modos de transformar el territorio. En *Dossier "Estudios de Frontera 2da parte"*. Cuadernos de Humanidades. N°29, (pp. 13-18). Recuperado de <http://humani.unsa.edu.ar/cdh/index.php/CDH/article/view/27>
- Bocco, A. (2015). Literatura fronteriza: un modo de emergencia de la heterodoxia literaria. En A. Bocco y C. Corona Martínez. (Comp.), *Más allá de la recta vía. Heterodoxias, rupturas y márgenes de la Literatura Argentina* (pp. 59-72). Córdoba: UNC.
- Cebrelli, A. (2012). Fronteras internas y visibilidad mediática. Identidades emergentes y territorios en disputa (1994-2011). En L. Lizondo. (Coord.), *Praxis, frontera y multiculturalidad. La comunidad en disputa*. Salta: UNSa.
- Cebrelli, A. (diciembre, 2018). Hacia una epistemología fronteriza y situada para la comunicación. Redes, saberes y articulaciones otras. En *Dossier "Estudios de Frontera 2da parte"*. Cuadernos de Humanidades. N°29, (pp. 19-42). Recuperado de <http://humani.unsa.edu.ar/cdh/index.php/CDH/article/view/7>
- Chatterjee, P. (2008). *La nación en tiempos heterogéneos y otros estudios subalternos*. Bs. As.: Siglo XXI.
- Bodoc, L. (2018). *Elisa, la rosa inesperada*. Bs. As.: Ed. Norma.
- _____. (2017). Pensarnos poéticamente. En P. Domínguez. (Ed.), *Diálogos entre mediadores de lectura: algunas reflexiones sobre literatura infantil y juvenil* (pp. 40-44). Comodoro Rivadavia, Universitaria de la Patagonia: EDUPA.
- Grimson, A. (2000). *Fronteras, naciones e identidades*. Bs. As.: Ed. La Crujía.
- Lotman, J. (1996). *La Semiosfera 1*. Madrid: Ed. Cátedra.
- Lotman, J. y Uspenski, B. (1979). *Semiótica de la cultura*. Madrid: Ed. Cátedra.
- Mignolo, W. (2003). *Historias locales / diseños globales. Colonialidad, pensamientos subalternos y pensamiento fronterizo*. Madrid: Ed. Akal.
- Quijano, A. (2000). Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina. En E. Lander. (Comp.), *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales*.

Perspectivas latinoamericanas (pp. 201-246). Bs. As.: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.

Revollo Pardo, C. (enero, 2018). Reseña crítica sobre el concepto de Tercer espacio de Homi Bhabha: del local de la cultura hasta nuevas minorías, nuevos derechos – notas sobre cosmopolitismos vernáculos. En *Revista Interinstitucional Artes de Educar*. 3 (6), pp. 377-385. Recuperado de <https://www.e-publicacoes.uerj.br/index.php/riae/article/view/29803/23123>

Walsh, C. (2016): ¿Interculturalidad y (de)colonialidad? Gritos, grietas y siembras desde Abya Yala. Versión resumida del texto presentada como conferencia magistral en el Congreso Brasileiro de Hispanistas.